

ADELA

Categoría Adultos

Pseudónimo: David Expósito

Aún no sé por qué voy a contar esto. No es una confesión, ni siquiera es un rumor de pueblo, es algo que me pasó y que no puedo olvidar. Tal vez estas líneas sean una manera de purgar mi conciencia. Si me lees, es que alguna vez has estado allí. A lo mejor, alguna noche has notado algo extraño. Solo sé que, aquello que me sucedió y que voy a contarte, todavía me produce escalofríos.

Aquella noche debía ser perfecta. Un momento calculado al milímetro. Sin embargo, el destino, o algo superior, hicieron que todo se tornase negro en cuestión de minutos.

Seguramente hayas observado que, de noche, desde el depósito del agua, Ajalvir parece una estrella. Las luces de las carreteras de acceso a la villa dan un aspecto celestial al pueblo, casi mágico. Ese lugar es, como sabrás, uno de los espacios más frecuentados por los jóvenes del pueblo que desean sorprender a sus parejas, sobre todo si éstas no son del pueblo.

Así lo hice con mi primera novia, mi única novia. Siempre había pensado que Adela era especial, una de aquellas personas tocadas por algún tipo de don sensitivo. Podía ver más allá de la gente. Con tan solo un vistazo percibía si alguien era de fiar o no. Un alma pura, sencilla, intuitiva, en definitiva un radar para todo tipo de mensajes destinados a unos pocos.

Esa tarde fui a buscarla a su casa. Recuerdo perfectamente su aspecto. Su larga cabellera ondeaba de un lado a otro mientras se dirigía a mi coche. Todo parecía moverse a cámara lenta, con ese aroma de los recuerdos especiales, de los momentos que jamás olvidarás. Se sentó en el asiento del copiloto y me dio un beso. Casi sonrojada se retiró el pelo detrás de la oreja y me dijo:

- ¿A dónde vamos?
- Es una sorpresa- respondí.

Conduje varios kilómetros. Ya anochecía cuando entramos en el pueblo, subí la calle Carril hasta la calle Barrionuevo. Al llegar al antiguo pilón (sustituido ahora por una fuente) giré a la derecha hasta la fábrica de escaleras. Allí dejé el coche. Cogí la mochila y subimos el repecho del cerro hasta llegar a nuestro destino.

Nos sentamos, observándonos con ansia, como queriendo devorarnos el uno al otro, nos besamos, bebimos cerveza y comimos chocolate. Al rato, la noche había caído sobre Ajalvir, miré a Adela y le dije:

- Aquí está mi sorpresa. Mira el pueblo.
- ¡Es una estrella! - dijo sorprendida.
- Efectivamente, pensé que te gustaría tener un trocito de cielo delante de ti.
- Es espectacular- comentó asombrada.

Poco después, la cogí de una mano, la besé y saqué de mi bolsillo un anillo. El ambiente no podía ser más plácido y romántico. Una de esas noches en las que la luna parece compincharse con aquel que quiere lograr un fin. En este caso, pedir matrimonio a Adela, quería que fuera mía para siempre.

Me besó, dulcemente como solía hacerlo y una gran sonrisa acompañó el esperado sí. Rebosábamos felicidad, amor, complicidad, era un momento simplemente perfecto.

De repente Adela palideció.

- ¡Alguien nos observa! - me dijo susurrando, muy asustada
- No mujer, aquí no hay nadie, solo estamos nosotros – contesté.
- Te digo que hay alguien David, no estamos solos.
- Bueno, iré a echar un vistazo, si eso te tranquiliza. - sonreí mientras me levantaba. -
Quédate ahí, ahora vengo.

Caminé por el perímetro superior del depósito, alumbrando con mi móvil, allí no había nadie. Bajé y escudriñé todas sus paredes, los alrededores, solo oscuridad, ni siquiera algún ratón o animal que pudiera darnos la sensación de ser observados.

- ¡Adela! ¡Aquí no hay nadie!- grité desde abajo.
- ¡Vámonos David, te digo que hay alguien! - me apresuré desde arriba.

Di la vuelta y pasé un brazo sobre su hombro. Su cara seguía palideciendo. Casi desmayada

le ayudé a sentarse en el coche. Pensé que podría ser algún efecto de la cerveza o quizá el aire frío de las noches de primavera en el cerro.

Sin embargo, cuando me senté en el puesto del conductor, Adela ya no estaba. Asombrado salí del coche, di vueltas alrededor de él, grité su nombre, corrí hacia el depósito llamándola de manera desesperada. Nada. Se había esfumado, como se esfuman las hadas, los sueños. Quizá Adela solo había sido un sueño, algo onírico, quizás no podría ser cierto que existiese una criatura como ella.

Y, ¿ahora qué? ¿Qué podía hacer? ¿Ir a la policía? Supongo que denunciar la desaparición de Adela era firmar mi sentencia de muerte. Pero lo hice. Cuando llegué a casa, me lavé las manos, me mojé el pelo, me quité la ropa que llevaba y me tendí en la cama. No podía dormir ¿Qué había pasado? No era capaz de darle sentido a cómo una persona puede esfumarse en cuestión de segundos.

Meses después, apenas comía, no salía, no me comunicaba con el exterior. Sonó mi móvil, en la pantalla un mensaje con un nombre "Adela". Abrí aquel mensaje:

"Tu destino se fragua allá donde la mujer y el hombre se juntan."

¿Que querría decir aquel mensaje? ¿Dónde podían juntarse un hombre y una mujer? O mejor ¿Qué hombre y qué mujer?. Salí de casa, no podía pensar, estaba aturdido. Comencé a andar por las calles del pueblo, como un vagabundo, sin destino fijo. Avenida de Juan Carlos I, Calle Huelga, Calle Zaragoza, Calle Carril, después la plaza ¡No entendía nada! Bajé hacia mi casa por la calle de la Fragua, paré a comprar una botella de agua, me refresqué. Miré al cielo y al bajar la vista ahí estaba "Tu destino se fragua allá donde la mujer y el hombre se juntan" ¡La puerta! ¡La puerta del número 6!

Empuje la puerta, estaba abierta. La oscuridad lo llenaba todo, casi se podía masticar. Al mirar atrás, solo se percibía una tenue luz mortecina que entraba por debajo de la puerta. Ese pequeño haz me mostraba una escalera. Temeroso, decidí bajar por ella y me adentré en lo que parecía un túnel, de ladrillo antiguo, abovedado, húmedo y muy estrecho. Recorrí ese lúgubre pasillo durante un rato. La linterna del móvil solo me permitía obtener un

pequeño campo de visión. Finalmente, vislumbré algo de claridad frente a mí. Desemboqué en una sala presidida por una enorme mesa de piedra. Me acerqué a ella, mitad fascinado por su gran tamaño, mitad horrorizado por lo que empezaba a diferenciar sobre ella. Parecía un cuerpo humano, un cadáver en pleno proceso de descomposición, y sobre él, algo brillaba.

Lo toqué con una mano, tembloroso, no podía ser. Hacía meses que no lo veía, pero era inconfundible: el anillo que le había regalado a Adela aquella noche. Por tanto, aquel cuerpo solo podía ser suyo.

El corazón me iba a explotar. De pronto mis manos parecían manchadas por su sangre. El horror saturaba mi cuerpo y mi mente. ¿Quién había matado a Adela? ¿Quién trajo su cuerpo hasta esta cámara? ¿Por qué tenía puesto el anillo de pedida sobre el abdomen?

Corrí desesperado, fuera de mí. Me golpeaba contra las paredes del estrecho túnel, pero nada podía detenerme, tenía que alejarme de esa macabra escena. Salí al exterior y la luminosidad del día me cegó. Cuando recuperé la vista estaba justo en el depósito de agua.

Todo es confuso después. Sirenas, policías, forcejeos. En efecto, mi destino se había fraguado detrás de aquella puerta.

Los años han pasado de manera lenta y pesada. Nadie sabe cómo sucedió, nadie sabe quién lo hizo, a pesar de que asumí la culpa. Solo sé que Adela desapareció en un instante y que nunca volví a subir a aquel depósito de agua. Quizás los seres como ella no exista en realidad, no deben pertenecer a nadie, ni siquiera a quienes les han amado.

Quizá fuera un sueño, una enajenación. Puede ser que el túnel nunca estuvo allí, ni el cadáver de Adela. Tal vez alguien nos observaba, algo superior, algo etéreo intangible para comunes mortales. O tal vez, Adela nunca existió. Pero eso, querido lector, tendrás que averiguarlo por ti mismo.

